

**PUNTO
Y HORA**

DE EUSKAL HERRIA

Entrevista con
Javier Clemente:

“El Athletic es
algo más que un club”

Del 20 al 27 de Mayo de 1983 / N° 310 / 100 Ptas. / 6'3 F.Fr.

TERRORISMO PATRONAL

SILENCIOS COMPLICES



«¡Vosotros, capitalistas, sois los terroristas!». Cuando el pueblo trabajador vasco grita, escribe, pinta en las calles esa frase, hace mucho más que corear un grito de lucha. Está haciendo un diagnóstico certero. Porque el terrorismo empresarial es un arma fundamental en la guerra cotidiana que el Capital hace a la clase obrera. Cada mañana hay guerra en las fábricas y los tajos, en las eras y el mar. Cada mañana, cuando los obreros y empleados, los jornaleros del campo, los pescadores y campesinos echan a andar hacia su lugar de trabajo, van a la guerra.

Una guerra en la que tienen todas las de perder. En la que disparan contra ellos con las máquinas y los andamios. En la que los obuses y las balas están sustituidos por los tornos y las cadenas de producción.

Terrorismo empresarial

Los obreros mueren trabajando

La insaciable avidez de beneficios de los capitalistas les empuja a disminuir como sea los costes de producción y una forma de lograrlo es gastarse poco o nada de dinero en medidas de seguridad e higiene en el trabajo. La frecuencia y gravedad de los accidentes de trabajo constituyen una sangrienta página, una tragedia cotidiana cuyos versos bárbaros se escriben a brochazos de sangre obrera. Las cifras de muertos y mutilados permanentes son cifras de guerra. 34.000 muertos y 60.000

mutilados e inválidos por accidente de trabajo en 23 años en el Estado español. Cuatro muertos diarios durante veintitrés años. Más de dos millones de accidentes de trabajo en Euskadi Sur en 21 años. Más muertos al año, más mutilados al año que en los ocho siglos de la «Reconquista» contra los moros o que durante la conquista de América.

Una sádica lotería. Cada año, el uno de enero, a cada grupo de 23 obreros del Estado español les reparten 23 papeletas. Una de las 23

tiene un infalible y sangriento premio. Le toca un accidente de trabajo. En Euskadi Sur tienen más suerte. Una de cada trece bolas tiene premio, le toca accidente.

Explosivos Río Tinto amplía su colección de obreros muertos

12,45 del lunes 9 de mayo de 1983. Explosivos Río Tinto añade 7 víctimas a su ya amplia colección de obreros muertos. 3 muertos, 4 «desaparecidos» (volatilizados, despiezados) 7 heridos más, uno de ellos de



Los trabajadores, en la mayoría de los casos, carecen de medidas de seguridad en sus puestos de trabajo

extrema gravedad. Una explosión sorda, una llamarada de fuego en forma de lengua que se alza por el monte, cristales rotos en el casco urbano. 500 kilos de dinamita, dicen, son los que explosionaron sobresaltando a los que sintieron sus efectos sonoros en un radio de 8 kilómetros.

Repasa uno los periódicos y las palabras manidas se repiten y reduPLICAN de un medio a otro. Pánico, tensión, terror en la zona, miedo en los que bordearon la muerte, preocupación en los trabajadores de la empresa... Palabras insuficientes. Mil veces menos expresivas que las terribles fotografías de los rostros de los familiares, desfigurados por un rictus de dolor, de ansiedad, de terrible impotencia. Un obrero de la empresa, próximo al lugar del accidente, relata a «El Correo Español» (10-5-1983, pág. 15): «Me recordaba esas imágenes del cine o de la televisión sobre el Vietnam después de haber sido arrojada una bomba de napalm. No podía imaginarme que en el suelo carbonizado que pisaba hubiese vegetación unos momentos antes».

Certero instinto el de ese obrero. Porque aunque el jefe de relaciones industriales de Unión Explosivos Río Tinto S.A., fábrica de Zuazo-Galdacano, dijera que «estos accidentes resultan imposibles de predecir» sucede que su empresa colecciona accidentes de esos

impredecibles. Desde el 24 de marzo 1956 lleva nueve. 5 muertos y 30 heridos por explosión el 24-III-1956. 2 muertos el 11-X-1957. 4 muertos el 16-IX-1961. 5 muertos el 15-I-1962. Una muerte el 10-III-1970. Otra el 2-XI-1971. 22 muertos y 32 heridos el 2-VI-1974. 7 muertos y 7 heridos el 9-V-1983. Sólo el incendio del 22-XI-1973 fue sin víctimas. 47 muertos, 69 heridos. Demasiados muertos, demasiados heridos. Cifras de guerra.

Los obreros mueren trabajando

Aumentan los accidentes de trabajo mortales en Euskadi. En lo que va de año: 2 en Babcock Wilcox, uno en Ibercobre, uno en V. Luzuriaga de Pasaia, dos en Telefónica de Huarte Araquil, uno en Talleres Erandiondo, dos en Altos Hornos de Vizcaya, siete en Explosivos.

El sindicato abertzale LAB ha sido claro en su comunicado: «No es la primera vez que ocurren hechos de esta índole y envargadura. Ya hace años ocurrió una explosión de consecuencias semejantes, sin que a los responsables de las mismas se les haya exigido ningún tipo de responsabilidades. La falta de seguridad física de los trabajadores en sus puestos de trabajo es manifiesta. Día a día son ya muchos los trabajadores que han perdido su vida en fábrica. La patronal no hace el mínimo esfuerzo por la seguridad

de los trabajadores, pese a las continuas exigencias, pues ello supone un desembolso monetario que a ningún nivel, ni de inversión, ni de aumento salarial, ni de mejora de las condiciones de trabajo, el capital está dispuesto a realizar».

Ahí, en el comunicado de LAB, están las claves. Son dos. Dos hechos. Uno, los obreros mueren trabajando. Dos, mueren porque el capital no quiere gastar dinero en evitar esas muertes.

Las «frías» cifras que son calientes

Siempre que al analizar críticamente un episodio de la lucha de clases alguien maneja datos, usa cifras en su discurso, surge —siempre, siempre— un cretino (a sueldo o aficionado) que dice ese estúpido tópico de las «frías» cifras. Estúpido, porque hay cifras que nunca pueden ser «frías». No pueden serlo las cifras que chorrean la sangre roja y caliente de los obreros muertos, de los obreros heridos, de los obreros mutilados en la guerra cotidiana que les hace el capital.

Como las que vamos a manejar aquí para tomar conciencia de la contundencia, de la importancia, de la gravedad del salvaje terrorismo empresarial que acumula beneficios pagando el bárbaro precio de vidas humanas sacrificadas en el altar de la diosa-tasa-de-ganancia.

Cifras de guerra: cuatro muertos al día. 33.735 en 23 años

No son fáciles de encontrar. No vienen resumidas ni comentadas con frecuencia en los medios de comunicación ni en los discursos de los gobernantes. Pero las hay. Y con las cautelas sobre su validez, con la seguridad de que hay fugas y escamoteos, es preciso manejarlas. El cuadro I es quizá el más elocuente. En 23 años, en el periodo 1958-1980, ambos inclusive, han muerto en accidente de trabajo en el Estado español casi 34.000 trabajadores (33.735 concretamente). Una media de cuatro muertos al día.

Un simple vistazo a ese cuadro nos advierte que se trata de un fenómeno creciente. Si en 1958 los muertos sumaron sólo 908, en 1980 su número fue de 1.378. La caída, mínima, de las cifras del segundo quinquenio de los años setenta tiene una explicación clara: el aumento del paro. La disminución del número de trabajadores disminuye el número de los que corren riesgos.

El cuadro II refleja la evolución del índice de mortalidad por accidente de trabajo en el Estado español. Índice que expresa el número de accidentes mortales por cada millón de personas activas.

Ese cuadro II muestra con claridad la escalada de la mortalidad por accidente de trabajo en el segundo quinquenio de los años sesenta y en el primero de los años setenta. Es decir, en los años del «boom» de la industrialización, y de la construcción. El progreso, el desarrollo, la conversión de España en potencia industrial mundial, todas esas retóricas aventuras y «hazañas» franquistas tenían precio. Una parte de ese precio era pagado en más sangre obrera, en más muertos obreros en los tajos y las máquinas.

La disminución de ese índice en la segunda mitad de los años setenta se explica por su propia tosquedad. El índice mide muertos en accidente laboral por cada millón de personas «activas». Pero estadísticamente, como se sabe, una persona «activa» puede estar parada. De hecho son actualmente millones las personas «activas» que están paradas en el Estado español. Si el índice se depurase y se calculara midiendo muertos en accidente por millón de personas ocupadas y se distinguiera sector de ocupación esa aparente

disminución se revelaría como tal, como aparente.

Cifras de guerra: casi 60.000 mutilados e inválidos en 23 años

Repetimos. Esto una guerra que el capital hace a la clase obrera. Y, como en toda guerra, no hay sólo muertos. Hay mutilados e inválidos.

El cuadro III refleja las «frías» cifras que nos informan de que casi 60.000 trabajadores quedaron inválidos o mutilados por accidente de trabajo en el Estado español en el periodo de 23 años que va de 1958 a 1980, ambos inclusive. Son los casos en los que el accidente laboral produjo lesiones definitivas que constituyen incapacidad permanente en el que las sufrió. 59.524 casos Cifras de guerra.

Más de dos millones de accidentes de trabajo en Euskadi Sur en 21 años

Esas, las mencionadas hasta ahora, son cifras referidas al Estado español en su conjunto. ¿Qué pasa con Euskadi Sur? Pues para que en Euskadi Sur es peor. Todavía peor. Porque Euskadi Sur es una ciudad industrial, un pequeño país en el que la inmensa mayoría de sus habitantes, más de dos millones y medio de ellos, viven en áreas urbanas in-

dustrializadas que se conectan unas con otras configurando la Ciudad Industrial Euskadi. Y son las actividades de la Industria y la Construcción las más proclives a los accidentes de trabajo.

Por eso en Euskadi Sur es todavía peor que en España. El cuadro IV nos informa de que en solo 21 años (periodo 1958-1978, ambos inclusive) se produjeron más de dos millones de accidentes de trabajo en las 4 provincias de Euskadi Sur. 2.033.364. Casi un millón de ellos en Vizcaya.

El cuadro IV presenta también el detalle de los accidentes de trabajo en Euskadi Sur durante 1980. A pesar de la caída desde las cifras de 1975 (115.680 accidentes en Euskadi Sur), debida a la disminución de la población ocupada por el impacto del paro, el número de accidentes de 1980 supuso aún 77.141. Si en el Estado español «tocan» a un accidente por cada 23 personas activas (585 mil accidentes para 12,8 millones de «activos») los 77.141 accidentes en Euskadi Sur suponen uno por cada trece «activos».

El índice de mortalidad por accidente es también más alto en Euskadi Sur. Nuevamente juega aquí el carácter de ciudad industrial que tiene este país. Y el hecho correlativo de que son las actividades in-



Euskadi Sur, un país eminentemente industrial, registra el índice más alto de accidentes de trabajo de todo el Estado español

dustriales las que más riesgo de muerte incorporan.

Nada de esto es nuevo

Nada de esto es nuevo. Nada de esto es una novedad. Muertos y mutilados. Muertos e inválidos. Muertos y heridos. Ese es un precio que la clase obrera viene pagando hace décadas y décadas a la violencia capitalista, el terrorismo empresarial.

El cinismo hipócrita de los que dicen estar «contra la violencia, venga de donde venga» queda al descubierto cuando se recuerda que el mundo «occidental», el llamado «mundo libre» es fruto de la violencia brutal originaria que usó el capitalismo para imponerse. La misma que, salvo cuestiones de detalle y de formas, sigue usando ahora para mantenerse.

El discurso ideológico del capitalismo nos repite machaconamente (ahora peculiarmente por boca de «socialistas» como Felipe y Redondo y Guerra y de «comunistas» como Carrillo y Camacho) que el «modelo de sociedad capitalista» es el «modelo natural», poco menos que querido por Dios y exigido por la Naturaleza. Ese discurso escamotea el hecho histórico fundamental: el de que el sistema capitalista es artificial. Que sólo pudo implantarse por el terror, gracias al terrorismo

capitalista, amparado por y desde las leyes y los Estados. Que la violencia brutal y el terrorismo legal fueron los medios usados para imponerlo.

Para establecer el capitalismo, los terratenientes ingleses donaron a los terratenientes (en el Parlamento, por supuesto, legalmente por supuesto) 3.511.770 acres de tierras comunales, arrebatadas a la población entre 1801 y 1813. La duquesa de Sutherland se apropió de 794.000 acres de tierras que habían pertenecido desde tiempo inmemorial al clan, expulsando y desarraigando sistemáticamente a los 15.000 pobladores entre 1814 y 1820, destruyendo e incendiando todas sus aldeas, convirtiendo sus campos en praderas. Soldados británicos, a los que se dio orden de apoyar esa empresa, vinieron a las manos con los naturales. Carlos Marx lo detalla en el capítulo XXIV del Libro I de El Capital.

En ese capítulo y en el VIII Marx relata con detalle y ejemplos históricos comprobados como el poder del Estado, la violencia organizada y concentrada de la sociedad fueron usados «para fomentar como en un invernadero el proceso de transformación del modo de producción feudal en modo de producción capitalista y abreviar las transiciones. La violencia es la partera de toda socie-

dad preñada de una nueva». Marx utiliza el texto de las propias leyes y de las sentencias judiciales para mostrar como «la población rural, expropiada por la violencia, expulsada de sus tierras y reducida al vagabundaje, fue obligada a someterse, mediante una legislación terrorista y grotesca y a fuerza de latigazos, hierros candentes y tormentos, a la disciplina que requería el sistema de trabajo asalariado».

Terrorismo capitalista establecido a golpe de leyes. El imperio de la ley implantando el terror ante el chantaje capitalista. Por ejemplo, el de los fabricantes de seda ingleses que en 1833 consiguieron que se les dejara en libertad de hacer trabajar 10 horas diarias a niños de cualquier edad bajo amenaza de parar sus fábricas en caso contrario. Por ejemplo, los niños de 6 años trabajando 12, 14, 15 horas diarias en las fábricas de fósforos «zaparrastrosos, famélicos, completamente desamparados e incultos» según informaban los funcionarios ingleses en 1863. Por ejemplo, la propuesta publicada en 1770 para encerrar a los trabajadores indigentes. Encierro a realizar por la beneficencia pública en un «hospicio ideal» que «debe convertirse en una casa del terror (literamente house of terror) con jornadas de 14 horas diarias...». Propuesta



Explosivos Río Tinto, una empresa que tiene en su haber demasiados trabajadores muertos.



Las protestas de los trabajadores chocan con los silencios cómplices de los que sólo denuncian un tipo de violencia.

plenamente realizada en las fábricas reales que superaban con creces el «ideal».

Muerte, miseria, enfermedad, dolor y sangre impuestos a la clase obrera por el terrorismo de los capitalistas. Por la violencia intrínseca del sistema capitalista, fundado sobre el terror.

La muerte por accidente de trabajo es una pieza típica, una pieza clásica, una pieza imprescindible, de ese sistema. Marx nos relata en *El Capital* el caso de la modista de 20 años, Mary Anne Walkley, muerta en Londres en junio de 1863 en domingo, habiendo caído enferma el viernes después de trabajar 26 horas y media sin interrupción. El médico certificó que «murió a causa de largas horas de trabajo en un taller donde la gente está hacinada y en un dormitorio pequeñísimo y mal ventilado».

Ciento y pico años después, el sistema capitalista sigue produciendo muertes obreras en accidentes de trabajo. Porque la violencia del capital, el terrorismo empresarial, sigue siendo la base del sistema capitalista. Porque el capitalismo tiene que seguir usando la violencia y el terror para conseguir que muchos millones escupan sangre para que unos pocos vivan mejor. Porque sigue funcionando el motor básico del sistema capitalista: el ansia de aumentar los beneficios, el ansia de disminuir los costes, el ansia de ahorrar gastos para ganar más. Y se

ahorra en seguridad, se ahorra pagando el precio de más riesgo y más muerte para los obreros.

Silencios cómplices y manipulación ideológica

¿Dónde están esos que claman contra «la violencia venga de donde venga»? ¿Por qué no se les ha visto alguna de sus típicas iniciativas, alguna de sus cartas abiertas, alguna de sus manifestaciones, alguna de sus recogidas de firmas, ante la muerte violenta de 7 obreros de Explosivos Río Tinto?

Esos silencios cómplices, ese mirar para otro lado, ese no encontrar «motivaciones» o «compulsiones» éticas para denunciar la violencia y el terror empresarial, esos silencios...! Que elocuentes! ¿Cómo se les entiende todo!

«La empresa está compungida por los sucesos ocurridos», ha dicho el jefe de relaciones industriales de Explosivos. ¿También están compungidos Savater y Aranguren y Rekalde y «El País»? ¿Por qué no lo dicen? ¿Por que no hablan de ésta violencia del capital? ¿de este terror sembrado por el capital? ¿Es que no es violencia? ¿Es que no es terror? O ¿es que la violencia y el terror son buenos, legítimos, inevitables, cuando provienen del Capital?

Por supuesto, es inútil preguntar eso. Son preguntas retóricas. Porque el silencio cómplice del terrorismo empresarial es la regla de los bienpensantes. Cuando no es que hablan

para justificar ese terrorismo.

«El País», por ejemplo. Publica su «Anuario 1983». Con 400 páginas y miles y miles de datos. Muchos de ellos sobre el tema «trabajo». Pero ni una palabra, ni un dato sobre los accidentes de trabajo. Que casualidad ¿no? Y la manipulación ideológica. La «comedura de coco» que convence al personal de que los accidentes de trabajo, como el paro, son «naturales». Son como los terremotos o como las erupciones de los volcanes. O como las plagas que Dios envía a Egipto. Para que no se piense, para que no se comprenda que el paro y los accidentes de trabajo son el fruto (maldito sí) inevitable y querido por el sistema capitalista para que ese sistema funcione. Inevitable sólo en el sistema capitalista.

El terrorismo empresarial emplea sistemáticamente un arma terrible: el paro. El «Ejército de reserva» de los parados es instrumento precioso para el Capital. Porque le permite aterrorizar a los trabajadores, hacerles aceptar sueldos peores, trabajos más duros, condiciones más inseguras. Angustia leer un feroz reportaje publicado por «El Correo Español» (16-V-83, pág. 11) sobre la catástrofe de Galdácano. Angustia, porque ese reportaje explica que los obreros de Explosivos «saben el riesgo que se corre antes de entrar en la empresa». Angustia, porque un obrero, alienado, aterrorizado por el Capital, dice:

«Hay que volver, no hay más remedio. El único miedo que yo siento es el de quedarme sin trabajo».

Frente al salario del miedo

LAB acierta. Los accidentes de trabajo, las muertes obreras en el trabajo son casuales. No son «naturales». Tienen explicación. Y motivos. Y responsables.

Tienen también solución. Negarse a aceptar el salario del miedo. Negarse a ceder ante el terrorismo empresarial. Romper el sistema capitalista. Secar las fuentes del problema.

La alternativa no es revolución socialista o barbarie. Es más cruda aún. Es revolución socialista o muerte. No es un problema de «mejoras». Es un problema de supervivencia.

Para que nadie escupa sangre para que otros vivan mejor. Para que nadie muera «por accidente» para engordar un dividendo.

CUADRO I

33.735 muertos en accidente de trabajo en el Estado español en 23 años (1958-1980)

Media: 4 muertos diarios

Muertos en accidente de trabajo (Estado español)

Año 1958	908
Año 1958	890
Quinquenio 1960-1964	4.234
Quinquenio 1965-1969	6.085
Quinquenio 1970-1974	10.693
Quinquenio 1975-1979	9.547
Año 1980	1.378
Total en 23 años	33.735

Fuente: Elaboración de P. y H. sobre datos del Instituto Nacional de Estadística. (Anuarios de Estadística, diversos años).

CUADRO II

Índice de mortalidad por accidente de trabajo en el Estado español

(Accidentes mortales por cada millón de personas activas)

Año	Índice	Año	Índice
1930	55		
1940	63	1972	160
1950	48	1973	199
1960	73	1974	175
1965	69	1975	167
1966	82	1976	155
1967	90	1977	142
1968	120	1978	130
1969	128	1979	126
1970	121	1980	107

Nota: La disminución del índice en el último quinquenio se debe al paro. Cientos de miles (o millones) de personas «activas» están en paro (y no pueden accidentarse) pero siguen contando en el divisor del índice.

Fuente: Elaboración de P. y H. sobre datos del Instituto Nacional de Estadística. (Anuarios Estadísticos diversos años y EPA -Encuestas Población Activa-).

CUADRO III

Casi 60.000 mutilados e inválidos por accidente de trabajo en el Estado español en 23 años (1958-1978)

Núm. de accidentes de trabajo con lesiones definitivas que constituyen incapacidad permanente

Año 1958	712
Año 1959	802
Quinquenio 1960-1964	5.218
Quinquenio 1965-1969	5.905
Quinquenio 1970-1974	22.166
Quinquenio 1975-1979	21.124
Año 1980	3.597
Total en 23 años	59.524

Fuente: Elaboración de P. y H. sobre datos del Instituto Nacional de Estadística. (Anuarios Estadísticos de diversos años).



Mutua Patronal de Accidentes de Trabajo: los trabajadores tienen que cotizar por los accidentes que puedan sufrir.

CUADRO IV

Más de dos millones (2.033.364) de accidentes de trabajo en Euskadi sur en 21 años (1958-1978).

Núm. de accidentes de trabajo en el período 1958-1978

Alava	172.585
Guipúzcoa	612.021
Navarra	324.865
Vizcaya	923.893
Total Euskadi Sur	2.033.364

Fuente: Elaboración de P. y H. sobre datos del Instituto Nacional de Estadística. (Anuarios de Estadística, diversos años).

Detalle de los accidentes de trabajo en Euskadi Sur durante el año 1980

	Accidentes de trabajo en 1980			Total
	Leves	Graves	Mortales	
Alava	7.252	107	21	7.380
Guipúzcoa	23.903	197	55	24.155
Navarra	14.382	174	32	14.588
Vizcaya	30.701	245	72	31.018
Euskadi Sur	76.238	723	180	77.141

Fuente: Elaboración de «Egin» («Euskadi 1977-1982» pág. 228), sobre datos del Instituto Nacional de Estadística (Anuario 1982 edición manual).